

Sección bibliográfica

PERE GIMFERRER: LA POESIA COMO VERDAD PRACTICA ¹

A mediados de los años sesenta, la actitud literaria de un grupo de jóvenes poetas preludia un cambio de sensibilidad entre los cultivadores del género, tanto a nivel de presupuestos artísticos (estética) como en el quehacer concreto (poética). Este cambio de actitud venía insinuándose ya en los poetas más representativos de la generación precedente, aparecida alrededor de los años cincuenta. Pere Gimferrer, uno de los exponentes más lúcidos de aquel intento de renovación frente a la esclerosis expresiva, casi generalizada, de la época, afirma su excepcional valía con su obra poética escrita en catalán (lengua que adopta como vehículo de expresión a partir de 1970), traducida ahora al español por el propio poeta. Será impropio hablar en lo sucesivo de «frivolidades modernistas» o «surrealismo a destiempo» respecto a la labor que Gimferrer, al igual que alguno de sus compañeros de generación, iniciara la pasada década.

Leyendo la poesía última de este autor, comprendemos cómo lo verdaderamente significativo de su obra radica en el intento de volver a enlazar con la gran empresa iniciada por el romanticismo. Por una parte, el entendimiento de la literatura como instrumento de transformación moral (conocimiento y subversión); por otra, la acertada creencia en que el escritor, el poeta, no sólo interpreta la realidad, sino que al expresarla crea complementos verbales de la misma. Crítica y compensación del mundo. Refiriéndonos a Octavio Paz, el mismo Gimferrer ha escrito: «Es consciente, como pocos, de que el problema central —del que lo histórico es sólo un aspecto— para el poeta contemporáneo reside en la forma en que es capaz de asumir la continuidad del

¹ PERE GIMFERRER: *Poesía 1970-1977*. Alberto Corazón, Editor. Col. Visor de Poesía, Madrid, 1978.

itinerario emprendido por románticos y simbolistas»². No es de extrañar que sean el simbolismo, el surrealismo, la actitud crítica (ante la realidad y ante el lenguaje, su doble), los soportes estéticos de la obra de este viejo «novísimo». Se sabe inmerso en una tradición que arrancando del siglo XIX llega hasta nuestros días: la modernidad posrenacentista.

Con *Els miralls* (*Los espejos*, 1970), su primer libro en lengua catalana, Gimferrer inicia una nueva etapa en el desarrollo de su obra. Parte del problema previo a todo acto creador: el sometimiento del lenguaje utilitario a autocrítica. El libro es una indagación en el lenguaje, la búsqueda de la entidad del autor como escritor y como poeta. Los poemas que lo integran constituyen una reflexión definitoria sobre el acto mismo de la escritura, sobre la relación entre la realidad y la expresión de esa realidad. Localizada en un momento histórico concreto y en un espacio próximo a sus vivencias e intereses, la Cataluña de posguerra, esa realidad se le representa descarnada y abyecta. El poeta, a partir de la sordidez de la historia, descubre «la avidez de este mundo cuando intenta existir, / los cuerpos suspendidos en la fugacidad, / las instantáneas / que en un relámpago inmolan la pupila». ¿Cuál podrá ser, por consiguiente, la expresión acertada de la realidad? ¿Qué relación existe entre la realidad y la expresión de la misma? El poema necesita designar lo real, pero no puede: «le son precisas las paráfrasis / para aludir al tránsito de una nube en verano». Y si el poema no puede designar lo real, ¿qué sentido darle a la poesía?, ¿cuál será la función del poeta en un mundo en ruinas? Gimferrer se propone dar contestación a estas preguntas y lo hace de dos formas que se complementan: desde un nivel conceptual (en poemas como «Celadas», «Sistemas», «Op. 98») o bien desde la dinámica propia de un discurso poético (en «Ahora el poeta inicia una acción práctica», «Junio»). Siguiendo esta segunda manera establece un discurso coherente con sus opiniones críticas: la expresión de las mismas. Supedita el nivel conceptual (casi inexistente en estos poemas) al desarrollo progresivo de imágenes sensoriales que constituyen la única realidad del poema. Está latente aquí la consigna de Ducasse: «La poesía debe tener por objeto la verdad práctica». En efecto, «la poesía es ahora impersonal», «es la verdad práctica: / no aspira a decir lo inefable ni expresará conceptos».

Gimferrer abandonará temporalmente uno de los niveles de su poesía, el intento de poetizar la historia íntima a partir de pretextos histórico-culturales (procedimiento recurrente en *Arde el mar*) o basándose en referencias sacadas del cine americano en su época dorada (punto de partida de *La muerte en Beverly Hills*). Lo cual no significa la ruptura con su obra anterior, a la que pertenecen los dos libros mencionados,

² Cfr. PERE GIMFERRER: *Radicalidades*. Antonio Bosch, Editor. Barcelona, 1978, pág. 53.

sino el desarrollo de uno de los niveles presentes en ella desde un principio. Continúa valiéndose de los mismos procedimientos: las asociaciones libres, los cambios de niveles expresivos, la simultaneidad de planos, rompiendo así el discurso lógico para imponer su propio discurso.

Los poemas de *Hora oscurecida* (*Hora foscant*, 1971) y *Fuego ciego* (*Foc cec*, 1973) serán la expresión directa del proceso mismo de la experiencia. Aunque estos dos libros se diferencian en el aspecto formal, más visible en el segundo, responden a planteamientos temáticos no muy diferentes. Basándose sobre todo en la percepción fenoménica, las imágenes sensoriales se convierten en los ejes del poema. El lenguaje nos conduce a la afirmación del instante a través de la presencia de los seres, de su conocimiento. La visión pesimista del mundo, nota dominante, viene dada por los motivos que Gimferrer trata en estas obras: la destrucción incesante del mundo y la visión trágica del hombre, consciente de su caducidad. Aparece en este punto una nueva característica: la pretensión manifiesta de aunar la tradición clásica con la tradición moderna. Mediante el empleo de formas y procedimientos estilísticos, propios unos de la tradición clásica, otros de la moderna, el autor nos presenta una nueva manera de ver los temas principales de la poesía clásica: la muerte, la tensión entre la fugacidad de la vida y el conocimiento. El formalismo preciosista, la intensa decoración, hacen de estos poemas objetos cristalinos en los que la realidad refleja sus mil formas cambiantes, un contraste continuo de luces y sombras.

El espacio desierto (*L'espai desert*, 1977), último libro del volumen que comentamos, representa su mejor obra hasta el momento, a la vez que una de las más significativas de cuantas se han publicado en nuestra península durante los últimos años. Supone la confluencia de los diversos materiales y recursos utilizados por Gimferrer anteriormente. Este largo poema—dividido en diez secciones, término con que el autor designa cada parte—adquiere una dimensión moral semejante en muchos aspectos a la de Cernuda, sin abandonar en ningún momento la dimensión lúdica del lenguaje. Continúan presentes los aspectos más valiosos asimilados de los movimientos de vanguardia. Al igual que Pound y Eliot, también Gimferrer funde en el texto tiempos y épocas distintos; como Apollinaire, presenta la conjunción de diversos espacios en el poema. La visión del tiempo es aquí sincrónica. En efecto, la sexta sección del libro sitúa las acciones en distintos escenarios, sirviéndose de secuencias yuxtapuestas: el bosque ancestral, donde un sacerdote druídico oficia la ceremonia iniciática; el mismo bosque en el que acaba de celebrarse un *picnic*, pues «todos somos el oficiante»; una sala de aeropuerto, a través de la cual muestra su faz horrenda la civilización occi-

dental; un recorrido en taxi por las calles de la industrial Barcelona, «la ciudad de los muertos».

El erotismo adquiere especial importancia en este libro. Incorporado anteriormente como motivo poético en *Tres poemas (Tres poemes, 1974)*, amplía y dota a su visión del mundo de una riqueza nueva. Si hasta ahora el poeta había ido ahondando en el mundo sensorial, leyendo a través de él las verdades primarias, el lenguaje del cuerpo le pondrá en contacto «con las corrientes y con las mareas y con el soterrado mundo planetario». Erotismo como liberación y como metáfora del conocimiento. Nuestra visión se libera mediante la contemplación de un cuerpo, en la unión de los amantes, y nos lleva al encuentro de nosotros mismos. El amor físico, el erotismo despliega ante la visión del poeta un espacio nuevo donde el cuerpo se trasciende en otro cuerpo: conjunciones y disyunciones, atracción y repulsión, que afectan incesantemente, según leyes inviolables, a toda la naturaleza.

La descripción visionaria y poética de ese espacio («país palpitante de agua y de hierba», como lo llama en otro lugar³) se nos presenta como el sentido último del poema. Ese espacio desierto donde el tiempo no nace ni muere. «El tiempo del hombre / y el tiempo del animal y el de la planta / y el tiempo de la piedra, son uno solo.» Presente eterno, el hombre allí se reconcilia con su destino, que no difiere en lo esencial del destino del animal o de la piedra; sólo la conciencia le situará en un lugar privilegiado y doloroso a la vez. Destino es padecer. Nacimiento, crecimiento, muerte: padecimiento. El poeta, consciente de ello, sufre entonces la experiencia del dolor, el íntimo zarpazo de la derrota.

Gimferrer ha sabido singularizar su voz, dotarla de una importancia y grandeza no usuales. El acierto y la fuerza de su lenguaje, así como la radicalidad de su actitud estética, hacen que su obra represente un hecho central en la poesía catalana contemporánea, así como anteriormente ya lo fuera de la española.—MANUEL NEILA LUMERA (*Claudio Vázquez, 1. MORATA DE TAJUÑA. Madrid*).

³ Se trata del poema «País d'Antoni Tàpies», incluido en el núm. 6 de *Guadernos Guadalimar* en homenaje al pintor catalán. Lo mencionamos aquí debido a su semejanza con alguno de los pasajes de *L'espai desert*.

J. L. PESET, S. GARMA y J. S. PEREZ GARZON: *Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa*. Madrid, Ed. Siglo XXI: Estudios de Historia Contemporánea, 1978, 244 págs.

Es lamentable que la mayoría de los manuales y estudios generales sobre el siglo XIX español se ocupen de los temas relacionados con nuestro pasado científico e incluso cultural de modo marginal y siempre en un «capítulo final», donde los estudios científicos se presentan como una actividad de lujo vinculada al esfuerzo individual de alguna personalidad destacada.

Deben considerarse, cuando menos, dos niveles de influencia en el discurso histórico, el tecnológico e ideológico, que no pueden ser dejados de lado si no se desea hacer una historia de los «progresos del hombre en el mundo contemporáneo»; olvidando, y tal vez ocultando, que dichos progresos son los alcanzados por los defensores del orden y la paz social, a través de procesos no exentos de violencia, para conseguir la constitución de un Estado que desde su privilegiada posición de árbitro neutral en los conflictos políticos, sociales y económicos va favoreciendo y consolidando una formación social de cuño burgués, cuyas relaciones de producción son netamente capitalistas.

La ciencia, la praxis científica, como actividad inserta en el marco social, puesta en manos y al servicio de la burguesía constituirá un arma de valor inestimable para asegurarse el dominio ideológico y tecnológico en el momento histórico en el que paralelamente se asiste a un doble proceso de revolución política e industrial. El libro objeto de estas páginas aborda precisamente el tema de las *Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa* desde esta perspectiva. Una vez finalizado el período de represión fernandino, la burguesía a través de un Estado construido a su imagen y semejanza asume la responsabilidad jurídica de legislar también en materias científicas y educativas.

«Así, pues, nos limitaremos (dicen sus autores) a señalar tales cambios en tres ámbitos bien significativos. En la enseñanza primaria, caballo de batalla del progresismo. En las ciencias matemáticas, químicas y técnicas, apoyatura de los nuevos profesionales del régimen burgués y de las nuevas exigencias técnico-económicas. Y en la Universidad, como culminación del sistema docente y como lugar donde se imparten dichas ciencias.» (Introducción, pág. 1.)

Deshecha la comunidad científica en el período anterior, las nuevas necesidades económicas del país exigen la formación de técnicos y mano de obra especializada. Así, pues, debe combatirse en dos frentes diferentes: en primer lugar, para extender la educación primaria a más amplios sectores de población, intentando con ello la doble finalidad de

comunicar al niño y adolescente (?) la nueva ideología del orden, progreso social, trabajo, libre competencia, etc., a la par que un conjunto de conocimientos mínimo que le habiliten para el desarrollo de las funciones que el nuevo «hombre económico» está llamado a desempeñar; en segundo lugar, la urgencia en la construcción de una red viaria de carreteras y ferrocarriles que garanticen la formación de un mercado nacional, así como la necesidad de realizar una más racional e intensiva explotación de nuestras riquezas mineras, exigen la existencia de un pequeño número de expertos en cuestiones tecnológico-económicas. Los liberales serán quienes con mayor ardor y rapidez busquen soluciones para el problema de la educación media y elemental, mientras los conservadores se dedicarán con más afán a las reformas de la educación superior y universitaria.

A partir de 1834 se inicia el proceso de creación de las Escuelas Superiores de Ingenieros, que proveerán a nuestra incipiente industria de los técnicos que necesita; proceso que concluirá rápidamente con el establecimiento del Instituto de Ingenieros Civiles en 1865, que no puede sino interpretarse como paso decisivo en la consolidación del técnico superior especializado como elemento decisivo en el devenir político y económico del siglo. En virtud de su extraordinaria importancia para el desarrollo industrial, pasa de ser científico de formación práctica a experto funcionarizado que desde su ideología de la neutralidad y científicidad colabora, al margen de los acontecimientos políticos, con el hombre de negocios en la especulación, la esquilmación de nuestras minas e importación de tecnología rentable. Causa y consecuencia del débil y raquítrico capitalismo español de esta primera época son la ausencia de planes de desarrollo a largo plazo, la afluencia indiscriminada de capital extranjero, el progresivo extrañamiento de nuestras riquezas y la imposibilidad de consolidación de una comunidad científica estable.

El ingeniero, pues, no va a necesitar justificar la importancia de su labor, mientras que la Universidad intentará varias veces despojarse del sambenito de ser reducto para la ciencia teórica—lo cual equivalía a teorizante y especulativa—, sin llegar a conseguirlo hasta bien entrado el siglo xx. La división entre ciencias teóricas y prácticas será el resultado de la pugna entre viejo y nuevo orden de cosas. La burguesía creará sus propias instituciones científicas y culturales e intentará adaptar a sus intereses las provenientes del Antiguo Régimen. Consiguen finalmente hacer de saberes eminentemente empíricos hasta la fecha, como la náutica, astronomía, geografía, sociología, antropología y geodesía ciencias de calidad teórica. El terreno concedido a la Universidad va estrechándose: los conservadores lucharán, no obstante, para no perder el control sobre el más importante centro de difusión ideológica y de dis-

tribución del título académico que permite el acceso a los más importantes puestos de la Administración estatal.

En nuestra opinión la articulación dentro de estas perspectivas metodológicas de tres historiadores procedentes de ámbitos de investigación tan diferentes y hasta ahora inconexos, produce un resultado que, si bien desigual en sus partes, le aproxima considerablemente a la realización de una historia en la que se integren de modo interdisciplinar los distintos ingredientes factuales del devenir histórico.

Nos ha parecido especialmente interesante el documentado y detenido análisis que se efectúa sobre las íntimas conexiones existentes entre la ciencia que se realiza y la ideología que se defiende. El *Memorial de Ingenieros*, la *Revista de los Progresos de las Ciencias*, la *Revista Minera*, etc., constituyen órganos de difusión del nuevo pensamiento científico y tribuna para que esta nueva casta profesional hostigue desde la «objetividad» que les confieren los razonamientos apoyados en la ciencia, la política gubernamental y los fantasmas del pasado que acechan. Es lamentable, insisten una y otra vez, el deterioro de aquellos ancestrales valores éticos y morales, pero aún lo sería más la desconfianza en el método y resultados de la ciencia: el científico-sacerdote decimonónico afirma paso a paso su condición rigurosa y neutral, a la par que su calidad ética y desinteresada. Y mientras habla de la ciencia como saber abstracto y superior, desempeña una función eminentemente práctica y utilitaria.

No cabe duda de que a la luz de estas poco más de doscientas páginas, puede entenderse muy bien no ya el ardoroso brote decimonónico de la conocida «polémica de la ciencia española», sino muchos de los vicios y corruptelas que aún hoy están por superar.—ANTONIO LA-FUENTE (*Dr. Federico Rubio y Gali*, 190, 7.º C. MADRID-20).

LINEAS DEL HUMANISMO ESPAÑOL

La retórica del humanismo (La cultura española después de Ortega), de Thomas Mermall, libro publicado recientemente por Taurus, contiene en síntesis un análisis de las ideas dominantes en la cultura española a partir de la última guerra civil, formalmente encauzadas a través del ensayo como género literario y que el autor hace girar, a los efectos de su propuesta, sin que ello agote otras tendencias, en torno a los ejes representados por Pedro Laín Entralgo-Juan Rof Carballo y Enrique Tierno Galván-Carlos Castilla del Pino, significa-